



A la Pampilla de Coquimbo se llega por todos los caminos y por todos los medios. Algunos lo hacen en chalupas, a las playas de Guayacán, detrás de los cerros

LA PAMPILLA

encuentro de cuatro pueblos

MIENTRAS en Santiago la ausencia de fondas daba un aspecto nuevo al Parque Cousiño, en el norte chico, 450 kilómetros al norte, se revivía una vez más una de las fiestas tradicionales más hermosas de Chile.

Miles de fieclas, pavos y volantines decoraron cromáticamente el cielo de la Pampilla, al noroeste de Coquimbo, costanera al mar y sobre una meseta rocosa que las lluvias germinan de verde. Toda la población ribereña del río Coquimbo se da cita en la llanura de Guayacán una vez al año. Serenenses, elquinos, coquimbanos y ovallinos saben que el día 20 no se trabaja, aunque el calendario del resto de Chile señale la fecha con tinta azul. Aquí, a medio millar de kilómetros de la capital, el día 20 es rojo feriado. Los bancos comerciales trabajan a media máquina, incluso los servicios públicos cierran sus oficinas y la radio posterga su día en una fecha. Tesorería, Impuestos Internos, Servicio Nacional

Una nota de
RENE PERI FAGERSTROM

de Salud, Empresa Nacional de Minería, etc., dejan sus problemas para el 21. Nadie reclama. Si alguien se sintiera perjudicado, debió haberlo pensado antes. Aquel día tampoco hay pan ni carne a la venta del público.

La Pampilla comienza el 19, después que los bomberos y soldados han desfilado en Coquimbo. El inmenso anfiteatro se puebla de automóviles, micros, y camiones que depositan sobre su explanada central unas sesenta mil personas, la mayoría de las cuales pernocta en carpas que conservan celosamente una ubicación tradicional. —;Vamos donde los González! ¡Este año no se pusieron los Balanda!— Hay gente que reserva los sitios tres o cuatro días antes con un familiar cesante o con un empleado doméstico. La lucha por los mejores sitios es pacífica pero sin claudicaciones.

La Pampilla entrega al Club de Leones coquimbano una apreciable suma por conceptos de entrada. (Un automóvil con 5 personas paga \$ 2.300 por el derecho a entrar. Las micros cobran \$ 400 incluida la entrada a los pasajeros de La Serena, 10 kilómetros de distancia).

En la Pampilla se encuentran todas las familias.

Es difícil que una persona se atreva a salir de su espacio vital sin que deba visitar grupos, tiendas, automóviles, en los cuales algún amigo no le obligue a tomarse un trago de pasada.

Es esta quizás la única oportunidad del año en que coquimbanos y serenenses —comesantos y machueleros— conviven fraternalmente. En algunas tiendas o en los cogollos de los chuicos de vino se alternan las banderolas características de ambas ciudades; amarillo y negro las del puerto; rojo con torres, las de la ciudad.

Existe una gran diferencia entre las fiestas multitudinarias de la Pampilla con otras semejan-

tes del resto de Chile. En esta parte nadie piensa que el pináculo de la alegría consiste en emborracharse. Los "curados", los desórdenes y los niños perdidos son muy pocos. Los carabineros — a la inversa de otras partes — también disfrutan del paisaje amable de la costa changa. No se crea que esto siempre ha sido así. Hubo un tiempo en que el gran espectáculo de la Pampilla consistía en el duelo obligado de los huasos montados con los piquetes policiales. La lucha derivaba de la posesión de una vara de teopedaras a la vista de la cual los jinetes locales sucumbían al deseo atávico de agarrarse a rebencazos. Cuando llegaban los carabineros a imponer el orden, chocaban con los grupos de caballería autóctonos con gran placer de los espectadores infantes. Hoy día los carabineros se cuidan de hacer sacar la vara antes de la fiesta.

Este año hubo un festival folklórico de gran envergadura, "el primero que se realiza en Chile", según expresaba el locutor Renato Deformes, desde el tablador que sirvió de escenario. Los vencedores obtuvieron como premio el Bucanero de bronce. Como se ve, la moda de los Oscars, Mohais y Caupolicanes se extiende a todas partes. Resultó muy novedoso el Primer Festival de la Canción Chilena porque la mayoría de las composiciones tuvieron sabor marinero: "El Pescador", "Mi lanchita blanca", "Tesoro de Guayacán", etc. En



Todo el mundo encumbra volantines en la Pampilla. Un paciente observador asegura haber contabilizado más de mil en una hora de buen viento. Los cometas no dejan ver el sol, habría pensado un poeta poco original

otras palabras, el campo y la espuela debieron entregar su preeminencia al falucho y a la red.

La Pampilla terminó oficialmente poco después de las 19 horas del día 20. La gente en forma alegre pero desordenada evacuó el gigantesco anfiteatro natural cantando y haciendo bromas. A pesar del inmenso gentío y de la gran cantidad de vehículos motorizados y a sangre, sólo se contabilizó un accidente de tránsito sin mayores consecuencias. Un verdadero record que difícilmente se logra en otra región del mundo.

No termina aquí sin embargo toda la fiesta. Sólo hemos asistido al término oficial de la celebración pero aún queda un

apéndice infaltable sin el cual la Pampilla no tendría gracia. Al día siguiente hay que "tapar los hoyos". Es la gran comilona de los vendedores ambulantes, bolicheros, dueños y empleados de fondas, volantineros, etc. Para muchos coquimbanos la "tapadura de hoyos" es la parte más sabrosa de todas las festividades. Puede que sea una simple justificación para seguir divirtiéndose, pero el hecho explica que al día siguiente la Pampilla sigue tan visitada y concurrida como el propio día 20. Jamás han faltado en Chile justificaciones para una buena causa.

Y los hijos de la "provincia brava" de Coquimbo no tienen motivo para ser una excepción.

R. P. F.

La cueca nunca falta, más valseada y marinera que en el sur. Aquí también se produce una división intuitiva de las clases sociales; mientras la gente con automóvil toma posesión de las colinas más lejanas, el pueblo "de infantería" se apodera de los roqueríos de la entrada. Es el caso de la fotografía

